

Evelia Trejo Estrada

“Elites culturales *avant la lettre*
Voces sobre historia de la literatura
e historia nacional”

p. 403-438

Elites en México y España
Estudios sobre política y cultura

Evelia Trejo Estrada, Aurora Cano Andaluz
Y Manuel Suárez Cortina (editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Universidad
de Cantabria

2015

552 p.

(Serie Historia General, 32)

ISBN 978-607-02-7462-6

Formato: PDF

Publicado: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/elites/estudios.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ELITES CULTURALES *AVANT LA LETTRE*
VOCES SOBRE HISTORIA DE LA LITERATURA
E HISTORIA NACIONAL

EVELIA TREJO ESTRADA
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

*La historia se ha transformado desde hace cien años en Alemania
y desde hace sesenta en Francia, y ello se debe al estudio de las
literaturas.*

Hipólito Taine, 1864.

Dar por sentado que la historia la escriben los vencedores es una verdad a medias. La historia de la historiografía está llena de ejemplos que demuestran lo contrario. Sin embargo, lo que sí se puede tomar como un hecho es que son pocos los que, en determinados momentos del acontecer, tienen la oportunidad de poner en orden lo que averiguan y con sus palabras, llenar no sólo de contenido sino, sobre todo, de significado aquello que se proponen narrar. Esos pocos suelen convertirse en elementos representativos de su tiempo, y a su vez, en voces audibles a distancia que transmiten registros, clasificaciones y calificaciones de lo ocurrido.

Las páginas que ofrezco en esta ocasión provienen de las hipótesis, siempre en vías de confirmación, de que quienes detentan la palabra en letra impresa, trascienden su tiempo y se tornan en posibles guías de la comprensión de los procesos históricos. En este caso, me he propuesto apreciar el proceso de la literatura narrado en textos que pertenecen a miembros de una elite. Me interesa conocer la manera en la que sus obras revelan un modo particular de ver el mundo, es decir, una ideología que, como parte integrante de la escritura de la historia, permite descubrir los porqué y para qué de sus discursos.

El periodo que he seleccionado para observar la expresión de la cultura liberal en México y España es especialmente atractivo para

detectar el ánimo de quienes atentos al flujo de la historia y, en particular, la historia nacional, inscriben aquellos aspectos de la realidad de los que quieren dar cuenta, dentro de un panorama en el que se perciben las pugnas entre la tradición y la modernidad. De ahí que resulte sugerente seguir a dos autores, a todas luces preocupados por el progreso de sus respectivas naciones, en los planteamientos sobre la ruta que ha seguido en éstas, la literatura.

En un primer momento, me fijé el objetivo de detectar las valoraciones hechas en torno a las obras y los hombres de letras; pronto asumí que para cumplirlo debidamente requeriría de una formación —distinta a la mía— en las lides literarias. Opté por tanto, en atender en el planteamiento de la literatura, las estrategias empleadas para contarla dentro de las obras en que aparecen y en las revelaciones sobre la idea de nación que profesan los autores en sus discursos. Porque hay que señalarlo, se trata de dos obras de grandes proporciones, con una clara intención de ser historias nacionales y en cuyas páginas se concede un lugar específico a la historia de la literatura. La cuestión, por consiguiente, induce a subrayar la relación que podría establecerse entre la significación que se daba a la producción literaria y el concepto de nación, pendiendo éste, una y otra vez, en los discursos como un engrudo para pegar la profusa información que los integra.

Son dos las obras escogidas para este estudio: *México. Su evolución social* e *Historia de España en el siglo XIX*. En el caso de la primera, los textos surgieron de la pluma de Manuel Sánchez Mármol, quien se encargó de *Las Letras Patrias* en la obra dirigida por Justo Sierra;¹ y de la segunda, no hay certeza sobre a quién se debe la autoría, puesto que se trata de la obra póstuma de Francisco Pi y Margall y

¹ Justo Sierra (dir. ed.), *México, su evolución social. Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la Federación mexicana; de sus adelantamientos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc., etc. Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX*, México, J. Ballezá, 1900-1902. Para el caso de este trabajo se utilizó la edición facsimilar Justo Sierra, *México, su evolución social. Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX*, México, Miguel Ángel Porrúa/Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, 2005.

tiene como coautor a su hijo, Francisco Pi y Arsuaga,² en algunos capítulos dedicados a la literatura.

Resulta pertinente tratar a los autores como integrantes de elites, porque no es sino en el espacio de las elites culturales donde pueden producirse obras de la envergadura que enmarcan ambos trabajos. Y, añadido *avant la lettre* porque no solía aplicarse ese término a los grupos en cuestión.³ El uso del concepto de elites ha dado lugar a muchas consideraciones de orden teórico, y desde luego ha amparado una gran cantidad de estudios. Para éste en particular, me acojo a la definición de Paolo Farneti, en la que afirma que la palabra “indica el conjunto excepcional de quienes ostentan grandes recursos, dinero, cultura, competencias técnicas, capacidad de invención, todos los bienes que están distribuidos de forma desigual en la sociedad”.⁴

En vista de que la definición alude a conjuntos, y en el caso que me ocupa se trata de individuos, presentarlos ayuda a subrayar los motivos por los que concibo sus expresiones como las de una minoría dirigidas, asimismo, a otras minorías.⁵ Mediante la identificación

² Francisco Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX: sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos, acaecidos durante el mismo, detallada narración de sus acontecimientos y extenso juicio crítico de sus hombres*, 7 v., Barcelona, M. Seguí, 1902, ils. por J. Passos y P. Béjar. Los ilustradores son, además de los dos mencionados en el primer volumen, otros más, y vale la pena destacar que sería interesante hacer un estudio formal y de contenido de las imágenes.

³ Sostengo que se trata de una condición *avant la lettre* si se atiende a que el uso más frecuente del término es el que lo aplica a la clase política, a la que domina en la pirámide social. En todo caso, los contemporáneos de los autores que trato difícilmente hubieran empleado ese nombre. Hoy, los esfuerzos metodológicos de las ciencias sociales permiten que la historia aproveche sus recursos. Y, en cuanto a presentarlas como obras de gran envergadura, es una afirmación que se sostiene porque son impresiones en gran formato, de indudable calidad tipográfica y, en ambos casos, con imágenes, como he dicho, dignas de un estudio particular.

⁴ Paolo Farneti, “Clase política”, en *Il mondo contemporáneo. Política e società*, 1, Florencia, La Nuova Italia, 1979, p. 199-233, citado en Renato Camurri, “Las elites italianas: estado de los estudios y perspectivas de investigación”, en Rafael Zurita y Renato Camurri (eds.), *Las elites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, Universitat de Valencia, 2008, p. 11-25, 18.

⁵ Una vez cimentada la idea de que son las colectividades lo que interesa, es evidente que el tema del individuo y su papel en la historia ha vuelto por sus fueros y para justificar los tratamientos biográficos; existen un sinnúmero de trabajos en los que resulta imprescindible rastrear los rasgos biográficos de ciertos individuos para esclarecer el plano de la vida de conjuntos mayores, en cualquiera de sus aspectos, ya sea el político, el social o el económico. Un texto que muestra algunos argumentos al respecto es el de Víctor M. Núñez García, “Las elites y la construcción

de los autores y de sus obras, pretendo que se haga patente el círculo elitista en que se mueve su comunicación, en este caso sobre la historia de la literatura. Se trata de un saber que se produce y, más adelante, se reproduce privilegiando una perspectiva de lo que debe considerarse valioso en el ámbito de la cultura literaria y, a partir de él, en otros ámbitos. Haciendo uso de algunos recursos que conciernen al análisis del quehacer historiográfico, quiero puntualizar aspectos que conviene tener presentes para pulsar el modo en que se comportaban los autores frente a los objetos de la literatura.⁶ A sabiendas de que la Historia como disciplina procede por lo general de manera semejante, me interesa explicitar cómo se las arregló cada uno de los autores en la tarea de seleccionar, interpretar y organizar para la exposición cuestiones que atañen a la expresión literaria, en una temporalidad en la que el tema de la construcción del Estado moderno y de las nacionalidades en que se inscribe, tiene fuerza.⁷

En los casos seleccionados encuentro puntos de convergencia y divergencia que contribuyen a ampliar las reflexiones sobre quién toma la palabra y con qué fines, cuando se procura establecer un pasado en particular y abrir expectativas para el futuro. La complejidad de las ideologías, muchas veces caracterizadas desde ámbitos políticos y sociológicos, atendiendo al uso que adquieren en el discurso histórico, brinda la ocasión para apreciar matices y tensiones.

del Estado liberal en España (1850-1874)", en Zurita y Camurri, *op. cit.*, p. 61-96, el que especialmente se trata de la vinculación de vidas individuales y elites en el marco de lo que se denomina nueva historia política.

⁶ Como en otras ocasiones, observar el quehacer historiográfico desde la perspectiva de la fenomenología que proporciona José Gaos, "Notas sobre la historiografía", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, p. 66-93, y ampliar el horizonte de los componentes ideológicos que la constituyen atendiendo a los argumentos de Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, entre otros autores, así como a las peculiaridades del discurso, es una tarea que enriquece la comprensión de textos como los que aquí elijo.

⁷ Indudablemente, uno de los aspectos que llaman la atención sobre las historias nacionales escritas en los últimos tiempos del siglo XIX es el del cotejo que se hace entre la trayectoria de los países y los modelos de modernidad que se avizoran como deseables. Huelga decir que en los casos de España y México, éste es uno de los ejes que puede seguirse en cualquier tipo de historia, máxime en la de la literatura, concebida desde tiempo atrás como expresión de la vida de las naciones.

De modo que ubicar a Pi y Margall y a Sánchez Mármol en su contexto histórico-político y sondear las propuestas que ofrecen desde el mirador de la historia de la literatura puede contribuir a hacer del tema de la historia nacional, una vez más, un interesante motivo de debate.⁸

Si bien es de mi mayor interés proceder al ejercicio comparativo de ambos textos, siguiendo algunas pautas del análisis del discurso histórico y en aras de dar contenido a la idea de inscribir a los autores como miembros de las elites culturales de los respectivos países, dedicaré las páginas siguientes a presentarlos, subrayando la salvedad que supone el caso de Pi y Margall, a quien, si no puede atribuirse con absoluta seguridad la autoría total del texto, sí se debe la inspiración de una obra sobre la historia de España, concebida bajo una convicción ideológica como la que priva en la mayor parte de sus escritos. Esto es, aun si las páginas seleccionadas proceden de la pluma de Pi y Arsuaga, es patente que en materia de ideología sobre la realidad nacional y la interpretación de la cultura habría coincidencias enormes con el padre.

Los autores en cuestión deben ubicarse en términos generales como liberales del siglo XIX, cuyas vidas transcurren mientras algunos acontecimientos en sus naciones plantean la posibilidad de que sean principios emanados del pensamiento liberal, sumados a los provenientes de la doctrina positivista, los que marquen la ruta a seguir. En los dos casos, la experiencia histórica está preñada de la voluntad de constituir Estados modernos.

ALGUNAS NOTAS SOBRE SUS VIDAS Y SUS OBRAS

El catalán avocinado en Madrid

En primer término quiero presentar algunas notas sobre el autor de mayor edad, Francisco Pi y Margall (1824-1901), de cuya obra me he ocupado ya en un trabajo anterior, aunque desde una perspectiva

⁸ Hoy por hoy, aún aceptada en todos sus términos la idea de la globalización, es fácil detectar a simple vista que el factor de las identidades nacionales sigue representando un papel importante en los flujos de información sobre lo que ocurre, ya sea al interior de las naciones, o en las relaciones que guardan dentro de conjuntos mayores.

diferente.⁹ Aquí conviene recordar que se trata de un catalán, nacido en Barcelona, de clara inclinación y militancia liberal democrática, manifiesta en su vida y evidente en su *Historia de España en el siglo XIX* publicada después de su muerte, en 1902. Aunque ésta ofrece, en una buena proporción, una historia de contenido político, no llama la atención que aparezca en los índices de la misma lo que le caracterizó durante toda su vida, es decir, su sensibilidad para la alta cultura y las manifestaciones estéticas en España, puesto que hay abundantes evidencias de que aun antes de su decidida participación en la política —que explica el interés por detallarla en su obra— se hizo notar como un individuo interesado en aquilatarlas.¹⁰

De hecho, como consta en varias fuentes, su traslado a Madrid —a la edad de veintitrés años—, la que sería su residencia por casi todo el resto de su vida, implicó que desarrollara entre otros oficios, el de crítico artístico, literario y teatral. En esos años era ya evidente su postura política, misma que influyó en la redacción de las páginas que ofrece en su obra.¹¹

⁹ Evelia Trejo, “Tiempos de crisis en Historias y Relatos 1885-1902”, en Manuel Suárez Cortina, Evelia Trejo Estrada y Aurora Cano Andaluz (eds.), *Cuestión religiosa. España y México en la época liberal*, México/Santander, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Históricas, Dirección de Asuntos del Personal Académico/PUBliCan Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2012, p. 431-470.

¹⁰ Algunas notas, sobre el particular, nos las proporciona Ramón Máiz en “Estudio Introductorio”, en Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades. Escritos y discursos sobre federalismo*, Madrid, Akal, 2009, p. 5-70. Así, los estudios de griego, latín y retórica en sus primeros años, su cercanía con la *Sociedad Filomática* de Barcelona, donde frecuentó a los románticos catalanes Pablo Piferrer y Manuel Mila i Fontanals, permitieron que ampliara el horizonte de sus preocupaciones e intereses: la filosofía, la historia y, sobre todo, el arte. De hecho, sus primeras obras versaban sobre arte: un volumen sobre Cataluña en *La España pintoresca*, publicado en Barcelona, y *La Historia de la Pintura en España*, publicado en Madrid en 1851. La preocupación estética, sigue, no le abandonó el resto de su vida, como testimonian las *Cartas íntimas* publicadas después de su muerte. Por otra parte, el interés de Francisco Pi y Margall en la política comienza propiamente en 1849, con su afiliación al Partido Demócrata; si bien es, en 1854, con la Revolución que da cauce al Bienio Progresista, que entra de lleno a manifestar sus opiniones y además es proclamado candidato por Barcelona a las Cortes Constituyentes, aunque en esa ocasión no logra todavía ocupar la diputación.

¹¹ En *Historia de la pintura en España* ya es patente por ejemplo, su actitud contraria al catolicismo que como veremos es uno de los rasgos apreciables en la historia de la literatura. Tanto ese texto como sus artículos de crítica teatral en *El*

Por otra parte, una nota distintiva de este personaje es su preocupación por el tema de las nacionalidades, de allí que una de sus más celebradas contribuciones al pensamiento político lleve precisamente ese título; una obra publicada en 1877, en cuyo tercer libro “La nación española”,¹² brinda la oportunidad para seguir el rastro de sus ideas acerca de la misma y, en su caso, para cotejarlas con su versión de la historia de la literatura española.

Esta última, como he señalado, se encuentra dentro de su *Historia de España*, en cuya composición seguramente convergen escritos de distintos tiempos y, según he indicado, es probable que de otra pluma. En la ocasión anterior, dedicada a explorarla, yo hablaba de la importancia de asediar su arquitectónica. Seguirá siendo una tarea pendiente. Por lo pronto, vale la pena puntualizar que, de escritos anteriores, puede colegirse cuán valioso era para Pi y Margall exponer sus ideas filosóficas y políticas con el ánimo de colaborar en la formulación de un futuro para España. Todo lo que pudiera contribuir a diseñarlo parecía de su interés, y si en 1854, año en que se inicia su carrera política, puede expresarse en tal sentido, no habría por qué dudar que casi medio siglo es tiempo suficiente para integrar su visión estética y política sobre la nación española.¹³ Son

Correo, y sus fascículos sobre la Edad Media y la economía política, le acarrearían sus primeros problemas con la censura.

¹² F. Pi y Margall, *Las nacionalidades...*, p. 243-370.

¹³ En el año citado da a conocer *La Reacción y la Revolución*, y en esa fecha aparece el prólogo a la *Historia General de España*, de Juan de Mariana (1536-1624), que se le ha atribuido y que resulta un buen termómetro para medir cómo se entiende con la actividad de la escritura de una historia nacional. *Vid.* Baltasar Cuart Moner, “La larga marcha hacia las historias de España en el siglo XVI”, en Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las historias en España*, Madrid, Marcial Pons. Ediciones de Historia, 2004, 121-126. Acerca del desarrollo de su ideario y de su activismo político se han escrito muchas páginas y no es fácil clasificarlo. Basta señalar que su noción del progreso de España no se alineaba con las visiones individualistas, que el compromiso con el socialismo y el positivismo incorporaron a sus propuestas una gran cantidad de elementos hasta conformar las convicciones de un republicanismo federalista que se distinguen en sus escritos. La segunda parte de esa década, y sobre todo la de los años sesenta, serán de intensa actividad en la adquisición de doctrinas que estarán alimentando su participación como diputado de 1869 a 1873, tiempo en el que no se cuestiona su liderazgo político e intelectual. La continua actividad como representante y como ministro, hasta llegar a ocupar la Presidencia del Gobierno de la Primera República, y la inconformidad que generaron sus posiciones, criticadas por la derecha y la izquierda de su Partido, propiciaron su aislamiento político y su retorno al mundo de las letras y de la Historia. *Vid.* R. Máiz, *op.cit.*

trece los capítulos en los que, de manera explícita, se presenta el tema de la literatura española del siglo XIX.¹⁴ Entre ellos, elegiré sólo algunos de interés para mis propósitos.

En otro orden, merece la pena abundar en la idea de nación que tuvo el autor; hacerlo implica invocar el amplio marco de su pensamiento filosófico del que, dice Máiz, debe subrayarse su posición racionalista y panteísta, en la que la influencia de Proudhon refuerza el valor político-moral del individuo y en la que tienen un lugar central su crítica al cristianismo, su distancia con el romanticismo y el “espíritu del pueblo” de inspiración alemana.¹⁵ Ilustrado radical es como se le califica, confiado en que es el progreso, el que define la marcha de la humanidad. Una humanidad en que la identidad individual y colectiva poseen, cada una, su lugar irreductible, auguraba que, de abandonar el pensamiento y la conciencia del individuo a la autonomía colectiva, se llegaría al peor de los comunismos, al aniquilamiento de la actividad intelectual y a la muerte del individuo. Por el contrario, al abandonar la autonomía del individuo, las condiciones de pertenecer a la colectividad conducirían, según él, a la peor de las tiranías, a la muerte de la especie y al salvajismo.¹⁶

Por eso, en 1890, en *Las luchas de nuestros días*, insistirá en su posición respecto de este tema; a saber ni comunitarismo, ni individualismo: “es tan inajenable la libertad de los pueblos como la de

¹⁴ Desde el primer tomo de la obra aparecen dos incisos, el VII y el VIII, dentro del capítulo X; en éste hay presencia del tema, pero se incluye dentro de un conjunto mayor y muy variado, como puede advertirse: VII. Bellas Artes. Creaciones de establecimientos literarios. Publicaciones. Hombres ilustres. Jovellanos. Meléndez Valdés. Leandro Fernández de Moratín. Pintura, grabado, escultura. Mengs. Los Castillo. Bayeu. Goya. Noticias biográficas. Modelo para tapices. Grabados al agua fuerte. Cuadros. Anécdotas. Goya. Velázquez y Rembrandt. Versos de Quintana y Moratín dedicados al gran pintor. La escultura. Álvarez Cubero. VIII. Policía. Costumbres. Ramón de la Cruz. Sátiras de Jovellanos, Trozos de un folleto de la época. La religión y las costumbres. Providencias plausibles sobre carruajes y contra blasfemos. Orden sobre las publicaciones por entregas. Reforma del teatro. Abolición de las corridas de toros. Comentarios.

Es distinta, en cambio, la configuración de lo que propiamente denota la intención de una Historia de la literatura en los dos últimos volúmenes como se verá adelante.

¹⁵ Su simpatía por el romanticismo en la literatura invita a abundar en este tema.

¹⁶ R. Máiz, *op.cit.*, p. 25-26, cita estas palabras tomadas del artículo de Pi y Margall, “Las libertades económicas”, *La Discusión*, 13 de abril de 1864, *apud* J. Trías, *Pensamiento social*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968, p. 2002.

los individuos”.¹⁷ Con éstas y otras herramientas, el propósito es establecer la unión entre el modo de narrar la historia de la literatura y la idea de la nación española; ésta se formula para aproximarnos a la percepción de lo que divulga en una obra que, por sus dimensiones y su carácter, es muy probable que haya quedado circunscrita a un ámbito de lectores cultos, pero al mismo tiempo, al alcance de quienes veían, en el político activista, una orientación distinta a la que cobró mayor fuerza en la España durante buena parte del siglo XX. Frente a las opiniones y los juicios vertidos por padre e hijo, es de suponerse que estuvo la enérgica difusión de una cultura literaria española en manos del mucho más influyente crítico de ésta, Marcelino Menéndez Pelayo, de quien, por sólo entresacar una cita, Manuel Suárez Cortina ha afirmado que “Con toda probabilidad, más allá de lo cercano o alejado de sus planteamientos doctrinales, obra y legado que cada uno de sus lectores se sienta, Menéndez Pelayo es, tal vez junto a Ortega y Gasset, el autor de mayor influencia cultural en la España contemporánea.”¹⁸

No siendo el ánimo de esta investigación, entrar en la problemática que implican las voces contradictorias de representantes de la elite cultural española, de indudable influencia, me limito a subrayar que si Menéndez Pelayo puso el acento en los fundamentos de la cultura católica y clásica para cimentar el caso de España, los lectores de Pi y Margall encontraron en su obra manifestaciones de otro signo, en las que el espíritu laico y progresista resultan decisivos.

La vigencia, con todos los matices posibles, de dos maneras de concebir la nación y la cultura parece estar fuera de discusión y no me corresponde atenderlos. Pero insisto en proponer el vínculo entre ideología e historia, de Pi y Margall; por ver en el texto al que

¹⁷ R. Máiz, *op.cit.*, p. 26.

¹⁸ Manuel Suárez Cortina, “Introducción. Marcelino Menéndez Pelayo: católico, erudito y humanista”, en Manuel Suárez Cortina (ed.), *Menéndez Pelayo y su tiempo*, Santander, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 2012, p. 9-48. Aspectos de interés sobre este mismo autor y el ámbito cultural mexicano pueden leerse en Ricardo Pérez Montfort, “La intelectualidad conservadora mexicana y Marcelino Menéndez Pelayo. Impresiones de una relación a finales del siglo XIX y principios del XX”, en Aurora Cano Andaluz, Manuel Suárez Cortina y Evelia Trejo Estrada, *Cultura liberal, México y España. 1860-1930*, Santander/ México, Publican Ediciones de la Universidad de Cantabria/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, p. 277-295.

convoco, una posible vía para entender una de las posiciones que parecería haber ido ganando adeptos, al correr el siglo XX, y estar mucho más en consonancia con las expresiones comunes sobre la cultura española, en los últimos decenios del mismo.

El tabasqueño que emigró a la capital

Otra historia con diversos ingredientes es la del tabasqueño Manuel Sánchez Mármol (1839-1912); su semblanza, mucho más fácil de trazar que la del inquieto Pi y Margall, nos permite reconocer a un individuo activo en la vida política de México, aunque definitivamente adscrito, en mayor medida, al mundo de las letras. Así, lo que contribuye a ponerlo en paralelo con el catalán, es su participación en una obra, de proporciones más que considerables, dentro del panorama de la historiografía mexicana. Si bien, en ésta el siglo XIX no es la única temporalidad tratada, sí ocupa un lugar protagónico. Se trata de la célebre empresa, ya aludida, de Justo Sierra Méndez *México. Su evolución social* (1900-1902), que como se ha manifestado en diversos escritos, puede situarse como un monumento escrito para argumentar los progresos de la nación mexicana al finalizar el siglo XIX.¹⁹ Si en el caso de Pi y Margall, en España, el recuento del siglo XIX no parecía dar la razón a sus convicciones filosófico-políticas; en el caso del mexicano, sucedía lo contrario.²⁰ Había que conmemorar, con una historia escrita bajo el signo de la evolución, los logros políticos del gobierno de Porfirio Díaz. La pertenencia de Sánchez Mármol al círculo de Sierra es evidente; y con ello, puede convenirse, sin necesidad de añadir muchos datos, que pertenece al ámbito de las elites de la cultura.²¹

¹⁹ Algunas referencias sobre la obra y sus autores en Álvaro Matute y Evelia Trejo, “La Historia Antigua en México: Su evolución social”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, v. XIV, p. 89-106.

²⁰ Sobre las semejanzas y diferencias de la vida política, durante esos años en ambas naciones, *vid.* Manuel Suárez Cortina, “título”, texto en el que compara el Porfiriato en México y la Restauración en España.

²¹ El estudio de Benjamín Flores Hernández, “Las letras y las armas en la obra México: su evolución social”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 1983, v. IX, p. 35-95, puntualiza muchos aspectos de la obra general y esclarece el

Habiendo nacido en Cunduacán, una población del estado de Tabasco, quince años menor que Pi y Margall, le sobrevive once años; es decir, estamos frente a dos sujetos que participan de un mundo semejante. Con estudios, desde los catorce años, en el Seminario Conciliar de Mérida y más adelante los de abogado, que cursó en Chiapas hasta alcanzar su título; al igual que muchos de los hombres del siglo, Sánchez Mármol incursionó en el periodismo, cumpliendo funciones administrativas y tomando partido en contra de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Así, su posición política se definió a favor del liberalismo, y la ocupación de un sitio en el Congreso Federal lo colocó en la tesitura de manifestarse en contra de la posible reelección de Sebastián Lerdo de Tejada.²²

Se desempeñó como representante popular, primero en la Legislatura de Tabasco y, desde 1871, en el Congreso General donde figuró varias veces consecutivas como diputado y, a partir de 1906, como senador.²³ El asunto que no tiene vuelta es que, desde los años

carácter de los dos temas mencionados en su título, por lo cual será un referente en las páginas siguientes.

²² Durante la presentación de la obra de Sánchez Mármol en la biblioteca de Agustín Aragón (1870-1954), en 1935, Ernesto Madero firmó unas líneas bajo el título de “Mejicanos olvidados”, en la que consigna el hallazgo de unos papeles de las memorias escritas por este autor. Y añade la observación de que el ingeniero “fue íntimo amigo de Sánchez Mármol, y nos habla con fruición de los tiempos en que se reunía con don Porfirio Parra, el señor Sierra, etcétera”. Es decir, brinda un testimonio de la confluencia de estas personalidades cuyo papel, en la segunda parte del siglo XIX y los primeros decenios del XX, resulta de vital importancia para entender la orientación de la cultura. Lo cierto es, que si Madero da ese título a su escrito, la siguiente apreciación correspondiente a Ramón N. López, en su texto “Cosas de mi cosecha”, firmado en 1941, comienza aludiendo a que “Mucho se tiene escrito sobre la biografía del ilustre desaparecido Lic. Manuel Sánchez Mármol...”. Y de allí parte para presentar algunos datos más, entre los que recojo el que indica que el cortejo en los funerales que le rindieran en 1912, al día siguiente de su fallecimiento, ocurrido el 6 de marzo, fue presidido por el vicepresidente de la República, José María Pino Suárez, a quien acompañaban Justo Sierra (cuyo deceso ocurrió ese mismo año, en el mes de septiembre), Joaquín Dionisio Casasús y otros ilustres del tiempo prerrevolucionario. Lo anterior, simplemente indica que los reconocimientos estaban presentes y en particular, los que le brindaban algunos notables de sus coterráneos tabasqueños, al lado de chiapanecos y yucatecos, unidos seguramente por esa identidad que suele cultivarse regionalmente. Ambos textos aquí aludidos se encuentran en Manuel Sánchez Mármol, *Las Letras Patrias*, México, Consejo Editorial del Estado de Tabasco, 1982, p. 7-8 y 9-12, respectivamente.

²³ Emmanuel Carballo, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1991, p. 284.

juveniles, Sánchez Mármol alternó con personajes que habrían de tener peso; las referencias a sus compañeros, de los años de estudio en Mérida, ubican entre otros, a Serapio Baqueiro y a Olegario Molina, con quienes compuso un periódico manuscrito que sería alentado por un amigo de sus amigos, Justo Sierra O'Reilly. En todo caso, los pininos en las lides literarias no fueron los que le atrajeron el reconocimiento que alcanzó al correr de los años; la explicación de que formara parte del equipo constituido para la redacción de la obra dirigida por Justo Sierra²⁴ debe verse en otra parte. A los sesentaíun años, y siendo el mayor de los que comparecieron al llamado de Sierra, asumió la tarea junto a un grupo de autores cuya importancia reclama, desde luego, un trabajo prosopográfico que ayude a situar y a entrelazar sus trayectorias de vida. Colocado en los límites superiores de la generación mayoritariamente representada en esta empresa, a Sánchez Mármol lo separan nueve años de Sierra y más de treinta de Jorge Vera Estañol, el más joven de todos con veintisiete años en aquel 1900, lo que sirve para medir la edad de cada uno por ser el año en el que se emprende la obra.²⁵

Bajo las luces del evolucionismo transita esta visión de la historia de México que en general abarca desde el periodo prehispánico hasta la actualidad de los autores; en ella, se invoca la ciencia como faro y se acepta el carácter conjetural de las aseveraciones que, a falta de información, tienen que hacerse para dar a conocer el camino recorrido que es, dadas las evidencias, un camino de progreso. En esa visión, según la afirmación del propio Manuel Sánchez Mármol, fue la indicación de Joaquín Casasús la que llevó a que se le designara para ejecutar el tema de la evolución de la literatura en México.²⁶

²⁴ *Vid.* una argumentación muy acabada sobre las ideas de Sierra en Laura Angélica Moya López, *La nación como organismo. México, su evolución social 1900-1902*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco/Miguel Ángel Porrúa, 2003.

²⁵ B. Flores Hernández, *op. cit.*, p. 43-46. Aquí el autor presenta a Sánchez Mármol como próximo a la generación de los adultos maduros, los que forman el contingente más nutrido y en el que pueden destacarse los nombres del propio Sierra, de Bernardo Reyes y Porfirio Parra.

²⁶ José Joaquín Gamboa, en una entrevista que le hiciera para la revista *Artes y Letras* en 1908, obtiene una serie de recuerdos y referencias que se consignan también, en las páginas ya aludidas que preceden a la edición de Manuel Sánchez Mármol, *Las Letras Patrias*, p. 15-22.

Sánchez Mármol, como un individuo representativo de la elite —en la medida en que su temprana vocación por las letras, su formación como abogado y su desempeño en el periodismo y la política, sumados a la relación estrecha con círculos de poder político, lo sitúan frente a la tarea de describir el proceso de la literatura mexicana—, aborda con seriedad el capítulo de la historia que le corresponde narrar. En la entrevista citada, afirmó haber ejecutado ese trabajo a conciencia y dijo que todo lo escrito era lo que más cuidadosamente había pensado, inspirándose en un criterio personal.²⁷

De la trayectoria literaria como tal, él mismo reconoció que no fue excepcional; sin embargo, de su convicción sobre la importancia de la literatura, opinó “que es [...] el arte de las artes, el arte por excelencia; que es el único que posee el secreto de hacernos sentir todo, de enseñarnos todo, de embellecerlo todo, todo, a las mismas otras bellas artes, inclusive y de comunicar a todo vida y movimiento y perdurabilidad”.²⁸

Pese a esto, su entusiasmo no pareció convincente a la mirada, por ejemplo, de Emmanuel Carballo, quien calificó la obra de Sánchez Mármol como un “anárquico panorama”, —se entiende que *Las Letras Patrias*—.²⁹ En un tono mucho menos severo, José Luis Martínez cerró su capítulo dedicado a la “Historiografía de la literatura mexicana desde los orígenes hasta Francisco Pimentel”, señalando que “[...] en los primeros años del nuevo siglo, Manuel Sánchez Mármol traza, apresurada y caprichosamente, el capítulo sobre las ‘Letras patrias’, en *México: su evolución social*, la obra en que quedaba el testamento político y cultural del porfirismo”.³⁰ Y Benjamín

²⁷ *Ibidem*, p. 21.

²⁸ *Ibidem*, p. 19-20.

²⁹ Carballo lo afirma con su natural desenfado, aunque echa mano de algunas de sus frases y juicios a lo largo de su obra, ya citada, sin por ello consignar en su amplia bibliografía la referencia a Sánchez Mármol como uno de los pocos autores que intentan trazar un panorama amplio de la literatura en sus diversos géneros. Solamente en el apartado de Bibliografía, sobre la novela, cita la obra. En E. Carballo, *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, el calificativo de anárquico aparece en p. 58. En la presentación que hace, del autor y su obra en la p. 67, anota que se trata de un periodista, historiador de las letras y político liberal “es autor de *Juanita Souza* (1892), *Antón Pérez* (1903) y *Previoida* (1906): de amores imposibles la primera, histórica la segunda y de transición entre el romanticismo y el realismo, la tercera”.

³⁰ José Luis Martínez, *La expresión nacional*, México, Oasis, 1984. El texto al que hago referencia arriba está firmado en 1950, p. 387-432.

Flores, más benévolo y comprensivo, presentó en su estudio la estructura elegida por el autor para hacer el recorrido desde la Colonia hasta su momento;³¹ señaló las fuentes de que se vale, citando varios de los escritos elaborados hasta entonces³², y en un detallado análisis tomó en cuenta los aspectos más relevantes del trabajo, en materia de interpretación histórico literaria, algunos de los cuales habrán de recuperarse en el presente texto.

NOTAS SOBRE EL CONTENIDO DE LAS HISTORIAS

El repertorio de noticias que cabe en los capítulos de la historia escritos por Francisco Pi y Margall, es inmenso y está dedicado por entero al siglo XIX; en comparación, lo expuesto por Sánchez Mármol sobre esa misma temporalidad es muy breve. Por lo anterior, arbitrariamente he elegido, como muestra del carácter de ambas obras, referirme solamente a su idea de la literatura, así como la vía que escogen para narrar su historia y las fórmulas con las que explicitan el modo en que la expresión literaria se relaciona con el desarrollo de sus propias naciones. Terminaré con algunas consideraciones sobre la estructura que a mi juicio sostiene sus discursos.³³

Idea de la literatura

En este caso, conviene apuntar en primer término la declaración de principios que aparece al inicio del texto *Las Letras Patrias* de Manuel Sánchez Mármol “Si, según la pintoresca frase de Carlos Maurras,

³¹ B. Flores Hernández, *op. cit.*, p. 65-66, recupera el orden de la composición de Sánchez Mármol.

³² La presencia de José María Vigil, entre sus fuentes, invita a un ejercicio comparativo. El texto al que alude es el de “Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana” (1876), antes de éste, Vigil había publicado también “Algunas observaciones sobre la literatura nacional” (1872). Ambos, junto con el estudio sobre el autor, son de Lilia Granillo y se recogen en Jorge Ruedas de la Serna, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1996, p. 251-284.

³³ Esta vez comienzo por la obra de Sánchez Mármol con el ánimo de respetar la cronología, aunque la diferencia entre las fechas de publicación de una y otra, sea mínima.

la historia es la ceniza de los muertos, literatura es, en cambio, la sangre, el alma de los pueblos [...]”.³⁴ Coincide, por tanto, con la idea de que comparada con la historia, encargada de relatar y comentar la vida pública de los pueblos, la literatura refleja y detalla la vida de los individuos, las peculiaridades de su vida interior. Habrá que ver de qué elementos echa mano para identificar la manera en que la literatura permite conocer a los mexicanos, en vista de que también dice entender por literatura “aquella manifestación intelectual por la palabra escrita, que aspira a la expresión de lo bello”.³⁵ De modo que parece depender de la capacidad de los mexicanos para lograrla, así como de la posibilidad de que éstos queden expresados por medio de la literatura.

A la pregunta de si los mexicanos (con j en su texto) tienen una literatura, y ante la negativa pronunciada al respecto por “el insigne D. Marcelino Menéndez Pelayo”, en el sentido de que “nuestra literatura nacional ‘por ninguna parte acaba de aparecer’”;³⁶ el autor se apresta a preparar su propia respuesta, anticipando que es cuestión de tiempo lograr la fisonomía que requiere una literatura para considerarse original “Las literaturas no son entidades que se formen de una a otra estación. Es la acción duradera del tiempo la que les va dando el ser, con el lento arrastre aluvial de la producción de los ingenios de una misma cepa, y es también el tiempo el que les va dando consistencia y como estratificándolas, hasta imprimirles fisonomía propia.”³⁷

Una indicación señala que le interesa identificar la relación de la literatura mexicana con la española, fraguada ésta a lo largo de siglos, pues afirma que la primera no es hija de la segunda. En este punto, merece la pena destacar que consigna el odio a los españoles a raíz de la insurrección independentista como el motivo por el

³⁴ Manuel Sánchez Mármol, “Literatura. Parte séptima. Las Letras Patrias”, en J. Sierra, *México: su evolución social...*, t. 1, v. 2, p. 603-663. La edición citada en este trabajo es la primera edición facsimilar de la obra completa, por la editorial Miguel Ángel Porrúa en 2005.

³⁵ B. Flores Hernández, *op. cit.*, p. 68., interpreta esta alusión a lo bello “no sólo entendido formalmente, sino, sobre todo, como expresión de una manera radical de entender el mundo y la naturaleza”.

³⁶ Se refiere a las palabras de Marcelino Menéndez Pelayo en su *Antología de poetas hispano-americanos*, M. Sánchez Mármol, “Literatura. Parte séptima...”, p. 604. Esta obra, en cuatro tomos, fue publicada de 1893 a 1895, y reeditada en 1911.

³⁷ *Idem.*

cual, de haber podido, los mexicanos habrían abolido el uso de la lengua castellana. Por contraste, el odio provocado por la intervención francesa en México, que pudo haber afectado la recepción de sus letras “no bastó para curarnos de nuestras aficiones”, dice, al destacar lo que a todas luces juzga una benéfica influencia. Literatura e historia quedan así entrelazadas, como queda advertido el lector de lo que el autor espera una vez que se revele la fragua de una literatura propia.

Si hemos de atender a la idea de la literatura que puede extraerse de las páginas de Pi y Margall aquí elegidas,³⁸ hay que subrayar que no aparece allí una definición de ésta como tal, las frases con las que inicia la “Breve noticia sobre Literatura y Bellas Artes” simplemente indican que da por hecho la existencia de una literatura española y afirma que a la muerte de Fernando VII “tomó un notable aspecto en la producción”, ya iniciada en algunos puntos desde antes. Enseguida asegura que diez años antes de la muerte de Fernando VII “La España antigua había muerto en la renovación de toda la vida nacional de la inteligencia, efectuada por la inmortal labor de las Cortes de Cádiz.”³⁹ Indica con ello, un acto inaugural necesario para dar cuenta de una historia que promete estar anclada a los sucesos de la realidad política tanto como la que nos narra Sánchez Mármol.

³⁸ En este caso he optado por revisar los capítulos en los que explícitamente se refiere a la literatura y en los cuales se anuncia un tratamiento general, más que precisiones sobre escuelas, personajes o géneros. Del tomo VI: “Breves noticias sobre Literatura y Bellas Artes”, cap. LXVII, p. 377-409; “La crítica literaria hasta 1868”, cap. LXXX, p. 783-819; “Resumen histórico de la Literatura española desde 1869 hasta 1880”, cap. LXXXII, p. 928-952. Y del tomo VII: “Resumen histórico de la literatura española, desde 1881 hasta 1900”, cap. LXXXVII, p. 177-203 y “Sigue el resumen histórico de la literatura española desde 1881 hasta la conclusión del siglo XIX”, cap. XCII, p. 479-519.

Han quedado fuera de esta revisión, del tomo VI, los capítulos “Continuación de la escuela romántica”, cap. LXVIII; “El drama romántico”, cap. LXX; “Conclusión de las consideraciones sobre el drama romántico. Notables cultivadores de este género”, cap. LXXII; “Bretón de los Herreros, príncipe de los poetas y cómicos y de la poesía festiva. Autores cómicos hasta 1850”, cap. LXXXIII; “Don Tomás Rodríguez Rubí y otros poetas cómicos. El Marqués de Molins y Ventura de la Vega”, cap. LXXV; “Los más notables escritores de costumbres”, cap. LXXVI; “Los escritores más notables de costumbres”, cap. LXXVII y “La novela romántica”, cap. LXXVIII.

³⁹ F. Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX*, p. 377.

DOS ESTRATEGIAS NARRATIVAS

Una, a manera de síntesis

Los textos alusivos a la literatura, en la historia escrita por Pi y Margall, se hallan dispuestos especialmente en los dos últimos de la obra, sin que parezca mediar una razón especial para colocarlos donde están; en el texto de Sánchez Mármol, cada capítulo se dedica a un aspecto de historia, lo concerniente a la literatura se ubica después del referente a la educación, de extensión considerable y antes del dedicado al municipio, los establecimientos penales y la asistencia pública.⁴⁰

En general, el breve texto sobre *Las Letras Patrias* arma, con economía de palabras, un discurso que se presenta como síntesis y que obedece, a la vez, a la cronología y a los géneros literarios. Advierte que no escoge un tratamiento por escuelas porque en México no las hay, como tampoco existe la potencia para crear nuevos estilos.

Para adentrarse en su estrategia narrativa, conviene partir de la organización de su texto. De las cinco secciones en que lo divide, en poco más de tres páginas presenta una “Ojeada retrospectiva” y, en un espacio similar, los “Elementos generadores de la literatura mexicana. Su desarrollo y progresos.”⁴¹ La mayor extensión está dedicada a “Las obras literarias” y, por último, en secciones breves resuelve lo referente al presente y al porvenir de las letras en México. Algunos ejemplos de lo que ofrece permiten aquilatar lo valioso que resulta atender a las dos primeras y las dos últimas partes.

En primer término, Sánchez Mármol declara enfáticamente lo que entiende por Letras patrias: la exclusión de lo producido con anterioridad a la independencia “[...] la agrupación llamada azteca desapareció con la Conquista. No somos pues, pueblo azteca [...] tampoco somos pueblo español [...] por el hecho de la emancipación [...] quedamos constituyendo nacionalidad aparte, dotada de instituciones diversas de las de la que fuera Metrópoli, con gérmenes

⁴⁰ Ezequiel Chávez, “La educación nacional” y Miguel S. Macedo, “El municipio, los establecimientos penales y la asistencia pública”, en J. Sierra, *México: su evolución...*, t. 1, v. 2, p. 665-721.

⁴¹ M. Sánchez Mármol, “Literatura. Parte séptima...”, p. 607-611 y 611-614, respectivamente.

de propia vitalidad, tendiendo a fines que nada tienen de común con los de aquella”.⁴²

Así, no necesita extenderse en lo que pudieran llamarse antecedentes. Su caracterización del régimen colonial le hace advertir que nada hay de utilidad en esa etapa, y si dedica nueve párrafos a Sor Juana es porque acepta, en este caso, la opinión de Menéndez Pelayo, quien califica su aparición de “sobrenatural y milagrosa”; y con ello, le abre la puerta a un conjunto de frases elogiosas, para concluir diciendo que “Sor Juana Inés de la Cruz resume todo lo que la Nueva España pudiera reivindicar como legítima gloria literaria [...]”.⁴³ Y es que ve en la tiranía con la que identifica al mencionado régimen, un impedimento para el cultivo de las letras.⁴⁴ Respecto al siglo XIX, juzga que la decadencia de la metrópoli no recomendaba que se le tomara como modelo. Otra, muy distinta, era la expectativa que representaba la filiación a las letras francesas.

Coherente con lo propuesto, presenta el tiempo de la Independencia como una suerte de acto inaugural de la palabra. Las proclamas insurgentes son vistas como la semilla de “una literatura llamada a germinar en suelo diverso de [aquel] en que los hombres de la colonia habían solido cultivarlas”.⁴⁵ La guerra se coloca como generadora de “grandes movimientos literarios”. La francmasonería como una institución útil por adiestrar a los hombres en el uso de la palabra, organizar los partidos y moderar la violencia al promover la fraternidad. A la Iglesia, como instancia docente y, pese a su intolerancia, le concede un papel en ese desarrollo al abrigar en sus seminarios espíritus independientes.

Para exponer “la obra literaria” requirió de subdivisiones que son bastante indicativas.⁴⁶ La síntesis anunciada, ofreció, atenderá a

⁴² *Ibidem*, p. 607.

⁴³ *Ibidem*, p. 610.

⁴⁴ Aunque curiosamente dice que elige para ilustrar el desarrollo de las letras, tres espacios corresponden a divisiones políticas del virreinato: México, Guadalajara y Mérida. Cabe señalar que una explicación posible es que, para referirse a lo ocurrido en las últimas dos ciudades, reconoce que tuvo el auxilio de dos destacados colaboradores: Victoriano Salado Álvarez y Manuel Sales Cepeda, respectivamente. Por otro lado, es importante destacar que José María Vigil, una de sus fuentes, a la sazón conocedor destacado de las letras mexicanas, había expresado su reconocimiento a Sor Juana desde 1874.

⁴⁵ M. Sánchez Mármol, “Literatura. Parte séptima...”, p. 611.

⁴⁶ M. Sánchez Mármol, *Ibidem*, distingue lo que corresponde a “La poética” y “La prosa” en “Las Letras...”, p. 614-650. La primera, subdividida en “Lírica”, p.

las obras y autores que más hayan influido en la evolución de las letras o a los que hayan logrado ganarse el favor del público. Y, aunque no elige el camino de la crítica, sabe que son los estilos clásicos y románticos los que se harían presentes; allí mismo anuncia ser respetuoso, mas no fanático, del clasicismo; puesto que concibe a la literatura como vida y, habría que deducir, como cambio.

Al comenzar por la poética, y dentro de ella por la lírica, ratificó su idea de que la nueva nación no era más un suelo estéril para el cultivo de las letras y del arte. Bajo el telón de las nuevas doctrinas, de la inspiración provocada por sucesos como la Revolución de Ayutla, o bien, la falta de ella propiciada por el abatimiento de la guerra con Estados Unidos, fue desgranando los nombres de quienes perfilaron esa evolución literaria. Las loas a Guillermo Prieto, a quien calificó de “sacerdote del progreso”, son singularmente sentidas. De Benito Juárez dijo que era el “fundador del México de la civilización”. Así pues, todo se encamina a exaltar el triunfo de la República como aquello que abre a la posibilidad de unificar “La literatura se resiente de ello, y ya la capital viene a ser como el Aerópago en que se congrega y brilla cuánto vale en Letras y Artes, para radiar y esparcirse del centro a la periferia”. Incluso las mujeres poetisas aparecen en sus páginas.⁴⁷

Desdeña el género épico que, siendo el más grandioso en la poesía, no ha encontrado suelo propicio en la literatura nacional; y pasa al dramático, en el cual encuentra que no hay de qué avergonzarse. Es la comedia lo más socorrido que, si bien es seguidora de patrones de España, ha sabido recibir el influjo francés.

En los viajes hacia los dos extremos que usó como guía, el oriente yucateco y el occidente jalisciense, Sánchez Mármol aprovechó para destacar el papel de sus cercanos peninsulares. El tiempo papel dedicado a ellos amerita atención. No dudó en adjudicar a José Antonio Cisneros y a Justo Sierra la condición de precursores,⁴⁸ si

616-630; “La Épica”, cuatro líneas en la p. 630; “La Dramática”, p. 630-633; y “La novela”, p. 634-638). La segunda, a su vez, en “El periodismo. Polemistas, críticos, costumbristas”, p. 639-643; “Historiógrafos, sociólogos, viajistas”, p. 643-646 y “Oratoria”, p. 646-650.

⁴⁷ Josefina Pérez de García Torres, una de las cuales, le obliga a comentar que “se le atribuye un caudal de saber raro en su sexo”, en M. Sánchez Mármol, *Ibidem*, p. 630.

⁴⁸ Del primero señala que se adelantó a Ibsen en suprimir, no sólo en teoría sino en sus obras, el monólogo y el aparte; mientras que del segundo, asienta que con su estilo epistolar se anticipó a la novela moderna. *Ibidem*, p. 632 y 635, respectivamente.

bien es cierto que en materia de elogios no fueron ellos los únicos que los recibieron.

Por último, concluyó la sección de la poética con el tema de la novela; aseguró que fue ésta la parte más importante de su labor y lo fue por lo bueno que se había producido en ese género. Allí puede hallarse “nuestra índole característica, la expresión de nuestro nacionalismo”, afirmó. Vio en ella el poema en que se intensifica la vida de un pueblo. Aunque se presenta en forma de prosa, cae en los dominios de la poética, viste a la fábula con los atavíos de lo real y tangible y es, dijo, la última expresión a que ha llegado el arte.

Los nombres más sonoros fueron citados allí, y entre los señalamientos que hizo, baste como muestra su reconocimiento al valor de la obra de Fernández de Lizardi por mostrar a la sociedad mexicana tal cual España la dejó educada; la percepción de que Sierra “había de elevar a la novela al grado de estudio de observación material y psicológica”; la idea de que la obra de Manuel Payno no había tenido trascendencia y, en cambio, la de que Nicolás Pizarro demostraba ser “un filósofo nada vulgar”, pues veía en una de sus novelas de costumbres espíritu reformista y nobles aspiraciones por la clase desvalida.⁴⁹

Las páginas en que Sánchez Mármol presentó el panorama de la prosa muestran su convicción de que el periodismo y la oratoria son hijos gemelos de la libertad. Destacó el papel que cumple el periodismo político, sin desconocer los méritos de quienes defendían una causa *irremisiblemente perdida* en periódicos como *La Cruz* o *La Voz de Méjico*.

En sección aparte, subrayó el carácter de la historia como literatura y dio su opinión sobre historiadores de excelencia que había dado la nación, y si coloca a Lucas Alamán en primer término, no evita señalar que su obra sería más estimada “si su filosofía no fuera exótica, más española que mejicana”.⁵⁰ A Lorenzo de Zavala lo juzgó sincero, a José María Luis Mora más bien sociólogo, y pese a todo, no omitió elogios a Luis G. Cuevas, advirtiendo que su obra era “el descargo y defensa del régimen estrecho del tradicionalismo [...]”.⁵¹ En su enumeración, volvió los ojos a algunos autores más

⁴⁹ *Ibidem*, p. 636.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 643.

⁵¹ *Ibidem* p. 644.

recientes, como los de *México a través de los siglos*, cuidando de no mencionar a los aún vivos. También dedicó algunos párrafos a escritores de viajes; colocó en primer término a Guillermo Prieto y después aprovechó el caso de Zavala, para reconocer en él a quien supo prever el futuro. Sánchez Mármol compartió con el yucateco la admiración por la libertad que se agiganta en los Estados Unidos. Incluso parece inclinarse por una vindicación de don Lorenzo, y enlaza su admiración con la que le merece el libro *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos y al Canadá*, de Justo Sierra.⁵²

Pero es, sin duda, el asunto de la oratoria el que entusiasmó especialmente a Manuel Sánchez Mármol; en este caso es la tradición a la que hay que atender, pues no es suficiente lo que reporta la lectura; y una vez más, son los hechos de la historia, a partir de la expresión del Licenciado Verdad, lo que revela el importante papel de la palabra que, como expresión de la conciencia pública, ha hecho lucir en la tribuna a muchos hombres, incluyendo a quienes defendieron al partido vencido. Las palmas en esas lides se las lleva Zarco, y con ese tema cerró la participación de este complemento del periodismo que no pudo omitir, pues, como indica al abordarlo, sólo en los funerales de la libertad enmudece. Cierra Sánchez Mármol el largo capítulo relativo a la obra literaria, totalmente complacido de colocar en la lista de oradores tantos nombres como en la de novelistas. Y pasa a dedicar un espacio al momento presente y a perfilar en sus últimas páginas el futuro de *Las Letras Patrias*, “Porvenir de *Las Letras Patrias*”, un espacio que como se verá no tiene desperdicio.⁵³

En el recuento que presentó, repite la decisión del editor de evitar la mención de hombres de letras que todavía están dedicados a su labor, como también su idea acerca de que al emerger la república se opera la grandiosa evolución. Insistió en que, pese a la invasión de los franceses, no hubo distancia de su literatura, pues al volver la vista hacia España, ésta sólo ofrecía “los portentosos torrentes de la elocuencia de Castelar, los deliciosos poemitas de Campoamor, y... paremos de contar”, apuntó.⁵⁴ En fin, la admiración por Francia y su literatura no tiene paralelo. Como resulta im-

⁵² *Ibidem*, p. 645-646

⁵³ *Ibidem*, p. 650-660, 660-663.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 651.

posible erradicar la lengua castellana, señaló la importancia de atender a su transformación y evolución. Esta última parece situarla en el uso que se le da en las provincias de “Méjico”, pues aunque menciona el crédito del despertar literario en España, observó que el interés por las reglas se acrecentó con el establecimiento de la “Academia Mejicana” correspondiente de la Real Española, y dejó en claro que son los patrones franceses los que privaban.

El repaso por los géneros lo llevó a certificar la muerte de la épica. Explica que no había condiciones para que florezca, y a ello contribuye la brevedad de la historia de México; sin abjurar de su fe evolucionista incluso añade que sería peregrina la idea de buscar héroes en el pasado anterior a la conquista, pues “¿cuál sería el ideal que dominaría el asunto?, ¿cuál la finalidad del poema? A lo sumo, enaltecer, tratar de glorificar la fuerza bruta o las intemperancias de la barbarie”, agregó.⁵⁵ El criterio de que son demasiado recientes los hechos también impide que se produzca tragedia o drama histórico; y al éxito del género chico le atribuye que hubieran decaído otros como la comedia y el drama, antes vigorosos. Aunque juzgó que la novela se defendía, descalificó lo que había implicado la recepción del naturalismo y la experimentación que habían traído crudeza y habían apartado del arte las expresiones. Asimismo, en cuanto a la prosa, consideró que si el periodismo se había democratizado, a la vez no era más tarea de hombres de letras; lo bueno de la prosa, aseguró, se encuentra en los discursos de las academias y en los tratados de las ciencias.

En general, advirtió elementos que han modificado el carácter de las expresiones literarias, tales como el afán de enriquecimiento, o que han hecho variar las fórmulas de la oratoria. Incluso, la reacción ha perdido vitalidad al propagar sus ideas. Fue concluyendo al señalar que nuestra literatura (la de los mexicanos) existe y “continúa operando las evoluciones inherentes a los organismos dotados de vitalidad”. Confesó que no era fácil sentir el pulso por el que la literatura revele la nacionalidad y afirmó que la observación enseña cómo la civilización tiende a la universalidad. Y la marcha hacia la unidad dificulta discernir la particularidad de cada pueblo. Fue enfático en su juicio de que “lo que no se adapta al

⁵⁵ *Ibidem*, p. 656.

movimiento de la civilización es arrollado por ella”. Y para terminar, consideró que su objetivo se cumplía si lograba hacer ver que “Méjico” posee una literatura no acreedora al desdén, “no la más atrasada del mundo culto”.⁵⁶

Ya es bastante evidente en el tratamiento de la parte sustantiva, así como en su apreciación del estado que guardan las letras en su momento, lo que traía entre manos el licenciado Sánchez Mármol. Más que una estructura profunda del texto, podríamos hablar aquí de que abundan los indicios de los cimientos que sostienen su argumentación. Pero es, sin duda, en las escasas páginas que dedica al porvenir en las que remata con elocuencia su convicción de que España no volverá a imperar, y que si bien ha dejado algo tan valioso como la lengua, ésta no permanecerá inalterable. Habrá de recibir la influencia nada menos que del país del Norte. Aprovecha para aconsejar la conveniencia de hacer a un lado la repulsa a los vecinos y admitir las fallas propias, el federalismo y su pertinencia para Yucatán y Texas, por ejemplo. A la vez, declara que no es lo mismo imperialismo que conquista y, de aquel, dice que “es un simple fenómeno de expansibilidad que obedece a leyes del orden natural”; ve en la plétora de población, de capital y de industria de los Estados Unidos una ocasión de prosperidad para “Méjico”, una vía para la realización del progreso “ideal supremo que persigue el espíritu humano”.⁵⁷

En cuanto a la lengua y a la literatura, las asoció a esta idea y a este destino, y propone no cerrarse a la adquisición de lo que puede traer la relación con ese pueblo del que somos hermanos por las aspiraciones. Como contraparte, reiteró el afán de España por conservar y regular el habla castellana que, según su pronóstico, en una centuria será distinta en los países hispanoamericanos de la de nuestra madre y educadora. Propuso seguir iniciativas que contribuyeran a mostrar al mundo “que por algo entramos en el movimiento ascendente de la civilización”.⁵⁸

⁵⁶ *Ibidem*, p. 660.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 662.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 663.

Otra, como descripción crítica

Los mecanismos que siguen los autores para establecer el guión de sus historias, como puede observarse por el tiempo papel destinado a cada una, son diversos. El ritmo abigarrado y lento del texto de Pi y Margall permite detenerse en un asunto, en un escritor, en una obra, cuanto baste para dejar constancia de la importancia que se les adjudica.⁵⁹

A diferencia del propósito expresado por el autor mexicano, Pi y Margall comienza justamente refiriéndose a un estilo, afirmó que el del *romanticismo* era el más cultivado.⁶⁰ Establece inicialmente que lo que pretende es “hacer un esbozo descriptivo y crítico del gran movimiento intelectual, verdadero, exacto y justo, desde la muerte de Fernando VII hasta la conclusión del pasado siglo, fecundo en obras e ideas, algunas veces mal estudiadas o no comprendidas debidamente”.⁶¹

En su texto, efectivamente cumple con presentar páginas sobre los autores que se consideran modelos de estilo, con composiciones bellas y de relieve, al mismo tiempo que repara en las condicionantes que la ideología y las situaciones históricas imponen a la actividad de los escritores y los críticos. Un recurso frecuente en todas las secciones es el de invocar a las autoridades en la materia, por lo general Alberto Lista y Juan Valera; puntualizando, algunas veces, sus acuerdos o diferencias. Así, uno de los primeros ejemplos elocuentes de este modo de proceder es la referencia a José de Espronceda, *el más completo romántico de España*, a quien compara con Lord Byron y con Goethe; subrayando los comentarios de Lista, maestro del poeta, ratificados sesenta años más tarde por Valera, a su juicio, el más afamado crítico de la literatura nacional. En este caso, la

⁵⁹ En vista de que para este caso he seleccionado sólo algunos textos y de que la abundancia de material impide hacer justicia a muchos de sus aportes, he optado por dejar al lector la tarea de observar la arquitectónica en que dispone los temas alusivos a la literatura, en las notas arriba citadas que incorporan los títulos de sus capítulos.

⁶⁰ Las páginas en que hace aprecio de la escuela romántica y sus representantes son muchas y las restricciones que me he puesto para este trabajo impiden que abunde en el particular.

⁶¹ F. Pi y Margall, “Breves noticias sobre Literatura y Bellas Artes”, en F. Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX...*, t. VI, cap. LXVII, p. 377-409.

variante entre ambos es que mientras el primero expresa su admiración porque el poeta somete su pensamiento “al yugo de la lengua y de la versificación castellana”, el segundo destaca que su romanticismo se enriqueció en España porque lo renovaron y le dieron energía y carácter aquellos que, por voluntad o a fuerzas, estuvieron emigrados en Inglaterra o Francia durante el reinado de Fernando VII.⁶² Ello permite, a nuestro autor, identificar en la Revolución Francesa un acicate de la civilización, y ver a la monarquía, en cambio, como una rémora para el progreso.

Otro episodio literario en el que abunda, especialmente, es el de la representación de *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del Duque de Rivas (1835), que señala como el momento decisivo para el triunfo del romanticismo, y le da pie para abarcar lo que viene adelante. El asunto es que tanto los versos, como la recepción de la obra ocupan un espacio significativo y le llevan a marcar una posición que será observable en muchas de sus páginas. Le interesa, una vez mostrado el argumento, probar lo absurdo de los juicios de eruditos católicos que apoyaron la idea de que había, en esa obra, pensamiento cristiano católico. Pi y Margall dijo que no tenía nada de tal,⁶³ cita en ese mismo sentido al crítico Manuel Revilla e insiste en que el amplio criterio de su momento no admite más ideas como las que esos críticos sostienen. Todo obedece a leyes naturales, afirmó. Y posteriormente, hizo observaciones de que el drama pintaba la vida verdadera, sin recursos extraños que ensombrecieran las bellezas con las fealdades de lo inverosímil “cuando se emplea el elemento religioso ó el simbolismo de poderes supraterrrenales”.⁶⁴ Este tipo de cuestiones le facilitan la inserción de comentarios sobre el tiempo futuro. Así, asegura que desde la restauración borbónica, en 1874, prevalecía en España el sistema reaccionario. De modo que los años, que mediaron entre el acontecimiento literario y el político, sirvieron de base a la estructura de la narración que fue cobrando forma.

Una nueva ocasión, para revelar sus ideas, se le presentó a Pi y Margall cuando se ocupó del caso de Juan Antonio Llorente, a quien igualmente destinó un espacio considerable. Dijo del histo-

⁶² F. Pi y Margall, *Ibidem*, p. 381-387.

⁶³ *Ibidem*, p. 391.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 402.

riador y crítico, que era un eclesiástico ilustrado que supo poner en evidencia la verdad sobre la Inquisición. Esto le permite abundar en el tema de los intentos por suprimir el *Tribunal maldito*. Elogió los méritos del historiador que expatriado pudo escribir y dar a conocer su historia en las naciones más ilustradas de Europa y criticó duramente a los reaccionarios que se habían ensañado con la memoria de este autor.⁶⁵

Otra cuestión que introduce al iniciar estos recuentos se da a propósito del registro que hizo de las palabras del Duque de Rivas en su Discurso de recepción en la Academia; en él expresa elogios a la lengua castiza, pero también el deseo de verla resurgir uniendo las cualidades de precisión, economía y abundancia del idioma inglés, y la ligereza, pulimento y claridad del francés.⁶⁶ Se trata de admitir que la comunicación con las naciones ilustradas puede acarrear beneficios incluso al cultivo del idioma. Una cierta tensión parece surgir cuando se incorporan, en otro capítulo, los comentarios de Valera a una canción romántica de Bartolomé José Gallardo, diciendo que esa clase de composiciones poéticas “valieron para soldar la antigua poesía española con la más reciente y para preparar el elemento más nacional y más propio que entró en la formación del romanticismo”.⁶⁷

Pero si, de los temas aludidos, Pi pudo ocuparse en medio de las muchas menciones a los autores y obras sobresalientes, cuando llega el momento de presentar un resumen de lo ocurrido desde 1869 en adelante, la compuerta se abre para dar paso a otros ingredientes de las relaciones entre historia y literatura. Asegura que las nuevas corrientes literarias modificaron el impulso romántico a partir de 1850, aunque percibe la presencia de quienes participaban de la revolución anticlásica, o bien, a los seguidores de los convencionalismos predominantes.

Introdujo de inmediato el tema de la política que atrajo la atención de los escritores hacia los periódicos, señalando que desde la muerte del tirano Fernando VII alcanzaron crédito y aceptación en

⁶⁵ Cita la *Historia literaria del siglo XIX* del padre Blanco García para hacer constar la difamación de Llorente, F. Pi y Margall, “La crítica literaria hasta 1868”, en F. Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX...*, t. VI, cap. LXXX, p. 783-819 y 794-795.

⁶⁶ F. Pi y Margall, “Breves noticias sobre Literatura y Bellas Artes”..., p. 408.

⁶⁷ F. Pi y Margall, “La crítica literaria hasta 1868”..., p. 786.

España. Observó que pese a las contrariedades, triunfaron y llegaron a consolidarse los principios liberales, aunque también apuntó que en una nación como la española los errores de la monarquía y de la reacción religiosa perturbaban el desenvolvimiento de las ideas y trascendía esto en la vida literaria.⁶⁸ Es decir, consigna los triunfos pero a la vez hace aprecio de las dificultades. Afirmó que los gobiernos progresistas hicieron una labor regeneradora, aunque también asentó que pronto “la astucia y la maldad convirtieron la política en negocio”.

Dedicó un espacio considerable al asunto del periodismo que favoreció la propagación de las ideas y al afianzamiento de las libertades conseguidas; mencionó, entre quienes sostuvieron principios revolucionarios, a Emilio Castelar y a Nicolás María Rivero y no dudó en incluir su nombre al afirmar que defendieron doctrinas y aspiraciones republicanas protegidas, años antes, “por los apóstoles de estas ideas, don José María Orense y don Francisco Pi y Margall”.⁶⁹ Propuso que los periódicos moderados no alcanzaron tanta influencia, pero sí tuvieron crédito notable personajes como Donoso Cortés, ente otros. Pese a esto afirmó que, desde 1843, cuando Isabel II fue declarada mayor de edad, la política era movida por figuras tendientes al retroceso. Insistió, cuando así se lo permitió el tema, en destacar cuánto podía la injerencia de la Iglesia en la literatura.

Llamó su atención, el hecho de que lo condenable por el episcopado puede resultar digno de reconocimiento para concededores extranjeros⁷⁰; también le interesó consignar las empresas que igualan al país con las naciones cultas. De cualquier modo, insistió en el predominio de las tendencias reaccionarias desde 1852, y en que la Revolución de 1868 encontró a España en un estado de corrupción y de mentira. “Toda aquella obra de la maldad había que destruirla.” “En todas las esferas sociales y políticas, lo mismo que en la parte literaria, descollaron muchos de aquellos hombres

⁶⁸ F. Pi y Margall, “Resumen histórico de la Literatura española desde 1869 hasta 1880”, en F. Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX...*, t. VI, cap. LXXXII, p. 928.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 930-931.

⁷⁰ Un ejemplo es el del doctor alemán Dierska en su libro *Movimiento intelectual de la España moderna*, quien encomia la obra sobre Teresa de Jesús de Ramón León Máinez. *Ibidem*, p. 931.

que quisieron crear una España nueva, y lo habrían logrado del todo si los acontecimientos surgidos desde la Restauración no lo hubiesen impedido siempre por todos los medios posibles.”⁷¹

Una observación que le suscitaron algunas de las producciones que registró, de autores sevillanos, le hizo afirmar que después de la revolución europea del 48 “los Gobiernos españoles buscaron en el retroceso y en la hipocresía religiosa la salvación de los tronos y sus auxiliares”. Aseguró que el cristianismo se había falsificado.⁷² Y esto, a su vez, lo condujo a dar ejemplos que le permitieron mostrar su desdén por lo que se resuelve desde la inspiración religiosa del neocatolicismo imperante;⁷³ tampoco se inclinó ante el poeta catalán Joaquín María Bartrina, materialista, de quien aseguró iba del optimismo de un creyente al positivismo *más cruel y pesimista*.⁷⁴ En definitiva, presentó un cuadro en el que demostró su disgusto por las tendencias morales o de sentimentalismo neocatólico presentes en el teatro.⁷⁵

Los dos capítulos correspondientes al séptimo tomo, en los cuales la propuesta es hacer el resumen histórico de la literatura de las dos últimas décadas del siglo, contienen algunos rasgos que permiten poner en duda la autoría de una sola pluma.⁷⁶ Lo que se pretende, en el primer tramo, es subsanar omisiones de poetas, literatos y periodistas. Así van apareciendo, uno a uno, los integrantes de un elenco en el que, sí cabe un elogio para quienes Valera reconoce por la magnificencia de la forma que tienen sus poemas, aun cuando sean de tema religioso, como es el caso de José Amador de los Ríos. Con mayor razón, hay que dedicar espacio a la trayectoria de republicanos activos en la Revolución del 68 como Narciso Campillo, de quien Valera reconoce que “a la elegancia y perfección clásica de la forma, unió a veces la enérgicas y

⁷¹ *Ibidem*, p. 932-933.

⁷² *Ibidem*, p. 935.

⁷³ *Ibidem*, p. 940.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 943.

⁷⁵ *Vid.* en el capítulo escrito por Valeria Cortés, “Elites intelectuales católicas en México y España: una educación para el orden y la unidad”, la nota 22 en la que se refiere a lo que debe entenderse por neocatólicos según la historiografía española.

⁷⁶ F. Pi y Margall, “Resumen histórico de la literatura española, desde 1881 hasta 1900”, *Historia de España en el siglo XIX...*, t. VII, cap. LXXXVII, p. 177-203 y “Sigue el resumen histórico de la literatura española desde 1881 hasta la conclusión del siglo XIX”, *Historia de España en el siglo XIX...*, t. VII, cap. XCII, p. 479-519.

viva pasión del demócrata, del librepensador y del enamorado creyente en el progreso”.⁷⁷

En la galería no faltan los que soñaron con unir razón y fe, ni los que ameritan una llamada de atención, en apariencia, no por motivos ideológicos sino por razones estilísticas, tal es el caso de Salvador Rueda, quien recibió la crítica de Valera por adoptar “lo que llaman modernismo, decadentismo, simbolismo y otras modas parisinas [...]”.⁷⁸ Es decir, un tono de censura respecto a las influencias venidas de fuera, que no concuerda más con las primeras expresiones sobre las influencias ilustradas provenientes de otros países.

Reaparece, pues, la cuestión de lo propio y lo ajeno, como también se recupera la actitud que, pendiente de los matices ideológicos, se apresta a denunciar —a propósito de los autores catalanes a quienes dedica la última sección de este resumen—, el perjuicio que acarrea haber tenido una formación religiosa que impide apreciar las investigaciones científicas, o bien, conlleva defectos por tratar de asuntos religiosos de manera poco conveniente para esos días.⁷⁹ Para el tema que trata, se incorporan opiniones de Milá y Fontanals y de Menéndez Pelayo como autoridades en materia literaria. Pero a la vez, no queda otro remedio que reconocer el talento del catalán Jaime Balmes y señalar que difundió la verdad en que fue educado, pese a que su filosofía fue esclava de las leyendas religiosas y, por tanto, inadmisibles como filosofía “quiso intentar, en cierto modo, una restauración de la mal llamada filosofía española; pero el pensamiento fracasó [...]”, aseguró.⁸⁰

Por contraparte, hay exclamaciones de gusto ante el poema *A la Geología*, de Melchor Palau, y se ensalza la idea de que lograra crear

⁷⁷ F. Pi y Margall, “Resumen histórico de la literatura española...”, p. 186. Además se señala, de este autor, que dejó un libro de crítica a las leyendas piadosas, asunto que suma valor a su trabajo.

⁷⁸ Sin dejar de insistir en el punto y a la vez sin aclarar, porque faltan las comillas respectivas, si se trata de opiniones suyas o de Valera, el autor advierte que el poeta debe apartarse de los propósitos audaces a que le induce Rubén Darío “Debe conservar su independencia sin someterse a ningún emperador transpirenaico, por florida que tenga la barba”. *Ibidem*, p. 192.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 194. Se refiere en particular a Manuel de Cabanyes y a Joaquín Roca y Cornet, que el tratamiento de los asuntos religiosos se da en esos sistemas hieráticos que carecen de esa base superiormente divina de la que habla.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 195-196.

la poesía con tendencia y sabor científico, con lo cual funde en ella elementos positivos del saber.⁸¹

La continuación del resumen anuncia como propósito hablar de la literatura catalana; enseguida el autor manifiesta su orgullo por el hecho de la instauración, en Barcelona, de los Juegos Florales, lo que ubica como el arranque para la vida de la moderna literatura catalana. A Víctor Balaguer, le atribuyó ser propagador de dicha literatura y se unió a la voz de quien también le reconoció la actualización de la literatura de los trovadores. Esta llamada de atención, sobre el reconocimiento de lo propio, estuvo aunada a su gusto porque, en Alemania, un devoto de las letras españolas hubiera instituido también los Juegos, siguiendo el modelo y honrando en ese marco la gloria de Schiller y de Cervantes.⁸²

En estas páginas, en las que tarda un poco en aparecer el tema político, se incorpora, en cambio, un asunto nuevo al consignar que Eduardo Benot, primer ministro en dictar leyes favorables para la clase jornalera, fue también un *poeta social*. Por otra parte, en el turno de Salvador Bermúdez de Castro se introduce un elemento crítico al romanticismo, cuando se señala *la duda pesimista* como el mal moral que estuvo de moda desde el comienzo de esa corriente. Dos individuos destacan como portadores de ese mal, Nicomedes Pastor Díaz y Juan Donoso Cortés, ambos caracterizados, además, como hombres religiosos.

En un largo párrafo, denunció esa actitud contraria a los elementos de la cultura moderna de la que hicieron gala los reaccionarios. Señaló a Donoso como un doctrinario asustado frente a los sucesos de 1848; y afirma, a diferencia de él, que esos elementos modernos “aumentarán y perfeccionarán más cada vez la obra santa de la civilización universal, que se va realizando a pesar y contra las maquinaciones de cuantos, por diversos motivos, se afanan en retardarla o impedir la”.⁸³

⁸¹ *Ibidem*, p. 198-199.

⁸² F. Pi y Margall, “Sigue el resumen histórico de la literatura española...”, p. 488. La observación de que esos juegos se celebraran en 1905, impone una duda sobre las razones que llevaron a los editores a imprimir el séptimo tomo con pie de imprenta de 1902; a la vez que parece constatar que fue Pi y Arsuaga el redactor, de cuando menos estos dos capítulos.

⁸³ *Ibidem*, p. 494-495.

Se suceden otros ejemplos y, a diferencia de los capítulos anteriores, el espacio que ocupan los versos crece. Asimismo parece aumentar la intención de que en el registro no falten datos sobre expresiones, en las que lo que se subraya es la manifestación ecléctica, ya sea en cuestiones como la de vincular el catolicismo y el liberalismo que mueven a Luis Vidart,⁸⁴ un periodista culto; o en cuestiones propiamente de estilos literarios, al destacar el gusto por las composiciones clásicas, que entre otras cosas, produjo importantes traducciones. De éstas, cita por ejemplo *Historia* de Herodoto, de Bartolomé Pou, y *Vidas paralelas* de Plutarco, de Antonio Ranz Romanillos.⁸⁵

Este ánimo, aparentemente más sosegado, también le permitió incluir entre los buenos poetas de la escuela clásica a Baltasar Lirio-la, preceptor de Juan Valera y, según su propia cita, quien le prestara y le indicara los buenos libros que leyó como colegial en Granada. Reconoció en él a una persona de gran cultura, sin hacer precisión alguna cuando también señala que era canónigo de la Abadía del Sacro-Monte en Granada;⁸⁶ un asunto que, desde la óptica de muchos de los juicios aquí vertidos, podría ameritarla.⁸⁷

Las derivaciones hacia otros temas son frecuentes. Hay precisiones de fechas para nacimiento y muerte de la mayor parte de los escritores y, cuando es posible, mención de su lugar de origen; también aparecen, como vimos, inclusiones de temas históricos, muchas veces ajenos al tema de la literatura; o bien, comentarios sobre el estado que guardaban las instituciones, como las referencias a que la Academia, en 1850, atravesaba por un periodo de descrédito.

La nómina de poetas sigue adelante. El autor incorpora a la presentación versos de los escritores comentados, observando de vez en cuando la cuestión de los estilos, con las variantes necesarias como para invitar a un estudio más acucioso. Los tonos con los que se caracteriza el romanticismo varían respecto a los primeros utilizados para hablar de su influencia. A propósito de Antonio de los

⁸⁴ *Ibidem*, p. 496-497.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 498-499.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 504-505.

⁸⁷ Se acrecienta la duda sobre la autoría de esta afirmación, en vista de que además de esos pequeños cambios de tono y enfoque aparece una referencia a un precioso libro de crítica de Juan Valera, de 1903, fecha que rebasa las indicadas para la edición de este libro que sigo. *Vid.* F. Pi y Margall, *Ibidem*, p. 507.

Ríos Rosas, el autor apunta que tuvo en su juventud “bastante afición a las impetuosidades del romanticismo; pero luego predominó en su ánimo la pureza austera de la forma [...]”.⁸⁸ En relación con el tema de la mala poesía, compara casos haciendo aprecio incluso de hombres creyentes que supieron construir poemas dignos de elogio. Finalmente, concede lugar a tres ilustres líricos montañeses, dice, Amós Escalante, Fernando Velarde y Casimiro del Collado. Los elogia, colocando casi en página completa versos suyos; recurre en un caso a la breve cita que lo apoya, esta vez del “eminente paisano” de Escalante, Marcelino Menéndez y Pelayo, para terminar justamente reconociendo “al más famoso de los contemporáneos, hijo glorioso de Santander”. Entre los sabios que han difundido, en España, los trabajos de erudición y los buenos principios del arte literario, ha descollado entre los mejores, aseguro; pero, en estas últimas líneas de la obra, que se ocupa del tema literario, no pudo evitar la censura por “la animosidad con que juzga las ideas de los pensadores liberales, volviendo la vista al pasado, que tuvo mucho de perjudicial para el progreso y la ciencia de nuestra patria...”; afirma y sigue diciendo que “esto no es posible negarlo por más esfuerzos que se hagan y sutilezas que se empleen”. Avaló esta opinión con la de su más socorrido guía, “el gran crítico Juan Valera”, quien apoya la idea de que es un error afirmar que el catolicismo intolerante y austero “haya sido el germen fecundo de la grande y propia civilización española y pueda considerarse consustancial con ella”.⁸⁹

Dicho lo anterior, mantiene su reconocimiento a Menéndez Pelayo como poeta y maestro, de los estudios y de la escuela clásica, y como traductor de clásicos griegos y latinos; para finalmente incluir, en la última página, algunas estrofas de *Galerna del Sábado de Gloria*⁹⁰

⁸⁸ *Ibidem*, p. 510.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 518.

⁹⁰ “Una galerna es un temporal súbito y violento con fuertes ráfagas de viento del oeste al noroeste que suele azotar las zonas del mar Cantábrico y el Golfo de Vizcaya.” “Las galernas son temidas por los hombres de la mar por ser un fenómeno meteorológico de extremada violencia y que ha cobrado numerosas vidas entre los marineros. Una de las más recordadas fue la galerna que se produjo el 20 de abril de 1878, tristemente conocida por la *Galerna del Sábado de Gloria*.” Carmen Gozalo de Andrés, “Galernas de ayer y hoy”, en *Wikipedia*, <<http://.wikipedia.org/wiki/galerna>> Consultado el 30 de noviembre de 2013.

y cerrar, con el espacio de más de media página, el capítulo final de su *Historia*.⁹¹

“Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, ocas de nieve...”

CONSIDERACIONES FINALES

Pero ¿qué nos dicen el autor que nos reseña la literatura mexicana, en unas cuantas decenas de páginas, y el autor de *Historia de España en el siglo XIX*, que nos procura una abundante información sobre la producción en suelo español? ¿Cuál parece ser el *leit motiv* del tema inscrito en lo que, bajo distintos títulos, se anuncia como historia de una nación?

Algunos párrafos de los presentados, sin duda, ilustran que los autores no solamente conocen aquello que describen, sino que lo articulan con un sentido de la historia que se precian de advertir. Es en este último punto donde cabe la reflexión acerca del valor que se añade a las historias cuando, dueños de la palabra, los escritores se asumen como posibles líderes de opinión. La superioridad de la que se revisten confirma la importancia de revisar el carácter de la ideología, despojando este concepto de las cargas negativas que se le han impuesto, y permitiendo que desempeñe su papel, encarnada en esos sujetos cuya pertenencia a lo que hemos acordado entender como elite, los hace referentes necesarios para organizar el conocimiento y, sobre todo, para ubicar el sentido del mismo.

Es muy probable que los casos aquí presentados reclamen una investigación mucho más puntual para demostrar que pueden ser ejemplo de liderazgo cultural; sólo una búsqueda acuciosa, guiada por las pautas de la teoría de la recepción, podría dar respuestas respecto a la influencia de sus palabras y de sus argumentos. Lo que resulta indiscutible es que sus obras, física y significativamente, pesan por estar trazadas bajo un marco de pensamiento identificable, y resueltas con recursos editoriales notables.

⁹¹ F. Pi y Margall, “Sigue el resumen histórico de la ...”, p. 519.

En el caso de *Las Letras patrias*, el imperativo que se trasluce en sus páginas es el de pulsar el grado de avance que puede esperarse de la literatura nacional. Si bien, Sánchez Mármol asumió que no había llegado aún el momento de ofrecer un fruto sazonado, entre otras cosas porque faltaba la difusión de la cultura que contribuiría a estimularla, el recorrido que propuso estuvo cimentado en el afán de demostrar los pasos hacia adelante de la expresión nacional.

Signada por los episodios históricos, es claro que son los hechos más sonados de la historia nacional los que aparecen como determinantes: la guerra de Independencia y la Revolución de Ayutla hacen mella en los lugares elegidos como focos para examinarla. No así, en cambio, los descalabros sufridos frente a Francia o Estados Unidos, países de los cuales se esperaba el contagio de un lenguaje que serviría para enriquecer el idioma. La aprehensión del mundo histórico como un organismo evolutivo en pos de la más acabada civilización, llevó al autor a pronunciarse por un sentido unitario que dificultaba la apreciación de los fenómenos particulares. Por ejemplo, no es fácil comprender a cabalidad los derroteros de esa marcha inevitable si hay que detenerse a explicar las condiciones de una expresión como la del género chico o la del periodismo que se ha democratizado.

Para Pi y Margall, por otra parte, la historia de España en el siglo que observa, y en el plano mismo de la historia literaria, tiene un punto claro de origen, como ya he dicho. Los años en que se cometieron crímenes por la monarquía, los hombres más sabios fuera del país se nutrieron de una ilustración útil a la patria; de ahí que se observe como natural la aparición del romanticismo, al que se adjudica una renovación del pensamiento. Su triunfo coincide, por ejemplo, con la supresión de las órdenes religiosas, una medida conveniente para la nación, según apuntó el autor. Las relaciones con la influencia francesa para este momento fueron de signo positivo. Como lo fueron también, el sinnúmero de escritores que se pueden calificar de liberales y amantes del progreso. Merecen, asimismo, reconocimiento aquellos que se distinguieron por dar a conocer lo propio de las letras, más allá de las fronteras del país, y a quienes defienden las expresiones de los géneros más destacados de la tradición española, como el teatro español o la poesía épico popular. No demeritó a quienes sobresalieron por algún rasgo, pero de ser posible pasa pronto a otra cosa si se trata de autores afiliados a causas que no son las suyas, como

le sucedió con quienes se aferran al clasicismo. Y de las causas contrarias a las suyas, prefirió condenarlas a perecer, arrasadas por lo que asumió como directriz de la historia. España no podía sustraerse a las necesidades impuestas por la civilización europea.

En el espacio del último capítulo se enfatiza el tema del progreso “Por imbecilidad de la razón humana... por odio satánico contra la verdad, llegó a creer equivocadamente Donoso, que la humanidad merecía castigo y desprecio, y que sólo la gracia sobrenatural y el milagro podrían rehabilitarla y ennoblecerla. Más de sesenta años han transcurrido desde que escribía Donoso, y los principios sociales, hoy reconocidos por todos los poderes civilizados, demuestran, y demostrarán más cada día, que eran argucias inaceptables todas las que aquel pretendido filósofo dijo.”⁹²

El pasado desde un presente que se vive con optimismo o el pasado desde un presente que parece incierto respecto a las expectativas que se tienen, es a fin de cuentas el único que se puede construir. Los lazos entre literatura propia e historia nacional se estrechan o distienden según aquello que se espera de ambas. La paz porfiriana, en la mirada de Sánchez Mármol parecería tibia para dar impulso al florecimiento literario; las esperanzas de cultivar la lengua están más bien puestas en que, abierta a las influencias, se separe cada vez más del dominio del castellano peninsular. Respecto a lo que provoca el ambiente de la Restauración en España, en el ánimo de los escritores Pi y Margall y Pi y Arsuaga, en relación con los mencionados lazos, lo que se observa en las últimas décadas más bien obstaculiza ese proceso evolutivo que, sin embargo, tendrá que ocurrir tarde o temprano. En fin, están allí, en sus páginas, las voces hoy audibles de quienes formaron parte de aquellas minorías que tuvieron oportunidad de narrar la historia y con ello construir imaginarios.

Un examen más detenido de los textos aquí presentados permitiría observarlos como mapas complejos, cada uno con referencias al que se fue trazando quizá desde la mitad del siglo XVIII, sobre la historia de las naciones y de la civilización. El detalle de cada espacio en relación con el todo y las claves dominantes coincidentes. La jerarquía de los símbolos debe dejar en la sombra todo aquello que

⁹² *Ibidem*, p. 495.



no porte la luz de la razón y que, por tanto, sea incapaz de iluminar la ruta del progreso. La expresión literaria no tiene porqué ser la excepción, aunque por la belleza de sus formas, en ciertos casos, pudiera demandar concesiones. Al fin y al cabo, la tensión entre lo particular y lo universal se hace presente. Lo que se sacrifica del paisaje histórico, lo que se significa o se desdeña del paisaje literario, tiende a mantenernos en vilo, a procurarnos ese estado permanente de estar pendientes de nuestras expresiones y nuestros alcances.